



La empresa, como la familia, o la universidad, o el club de tenis o miles de organizaciones en todo el mundo, es una actividad colectiva, compartida

Me hizo reír una entrada en el blog de **Mercatornet** ([aquí](#), en inglés), firmada por una mamá canadiense. El título podría traducirse, informalmente, por “**La Navidad ha llegado, da entrada a la música de Charlie Brown**”, y el subtítulo “**Cómo aprendí a dejar de preocuparme y disfrutar de las fiestas**”. Explica cómo durante años adornaba el árbol de Navidad con gran esmero, aunque no gustaba a sus hijos; más tarde, dejaba que ellos lo adornasen, pero luego cambiaba lo que a ella no le gustaba. Y ahora, dice, deja que ellos pongan lo que quieran, y se sienta a disfrutar.

“Yo -confiesa la autora- era una de esas personas molestas que amaba todo lo que tenía que ver con la Navidad (...) **Quería la perfección**, pensando que mientras más me pareciera a **Martha Stewart**, más apreciaría mi familia la Navidad. Les robé su alegría para **crear los recuerdos que yo pensaba que deberían tener**. Ahora soy mayor. Y con la edad viene **una nueva comprensión de lo que es realmente importante en la vida**. Con esa aceptación viene el alivio del estrés y la presión de proporcionar una Navidad “perfecta” para mi familia. He aprendido que nunca seré perfecta. **Algo no funcionará según lo planeado**, alguien se

molestará con otro, o la cola del perro golpeará el árbol”.

Como profesor de *business*, me gusta el mensaje. La empresa, como la familia, o la universidad, o el club de tenis o miles de organizaciones en todo el mundo, **es una actividad colectiva, compartida**. No es “mi” empresa, sino la empresa de todos. Claro que debe estar bien organizada, bien dirigida y bien gestionada. Pero **todos debemos participar en esa actividad**. Por tanto, es importante dejar **que los demás aporten lo suyo**. Darles libertad, y que lo sepan. **Que sepan las reglas del juego**: qué se puede hacer y qué no se puede hacer; qué se puede hacer sin consultar, qué cosas conviene consultar y de qué cosas hay que informar *a posteriori*. Y **dejar que se equivoquen**, sin el temor a que el jefe les riña. Por supuesto, no hay que dejar pasar la oportunidad de llamar la atención sobre algo que está mal, pero siempre en privado, para no herir a nadie; y con buena cara, y dando razones, y nunca poniéndonos nosotros como ejemplo de nada, y siempre dejando una salida airosa al que se ha equivocado, y sin hacer causa común con los que le critican... Insisto: es nuestra empresa, no la mía.

Antonio Argandoña, en blog.iese.edu.